

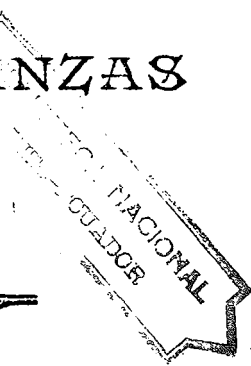
672

E-35-20
NICOLAS F. LOPEZ

(Merio).

LA CAMPAÑA DE ESMERALDAS

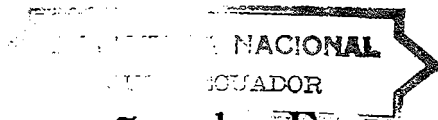
Y
SUS ENSEÑANZAS



Secari de Historia

Quito, Junio de 1914

Talleres de «El Comercio»



La campaña de Esmeraldas

y

SUS ENSEÑANZAS

I

La contienda armada, forma extrema de las pasiones banderizas y supremo recurso a que acuden los partidos contendientes, una vez agotados los otros medios de propaganda y predominio, toma aspecto puramente militar y cae dentro del concepto profesional desde el momento que los dos bandos armados uno en frente del otro han resuelto buscarse hasta destruirse.

En las guerras ya sean regulares o irregulares existen dos períodos: el de preparación y el de ejecución, causa y efecto inmediatos de factores de orden social, político y económico.

Pretender que los axiomas de la ciencia y el arte

militares tengan rigurosa aplicación en la guerra irregular que comprende la de conquista, la contienda civil y la de montaña, tres ramas del mismo tronco, equivale a dar pruebas de incalificable ligereza, que degenera en responsabilidad si esas reglas queremos aplicarlas al conflicto de Esmeraldas, que por su naturaleza, reúne en una las tres clase de aquella guerra.

Hombres, armas y terreno, los otros tres factores de las contidas, difieren fundamentalmente en las guerras irregulares por la división del enemigo en grupos independientes, de gran iniciativa, muy rápidos y casi invisibles en su movilización; por la carencia de líneas de comunicaciones y la falta de caseríos donde alojar las tropas; por lo insalubre del clima de la montaña, más despiadado que el mismo adversario, que exige el establecimiento de servicios higiénicos y sanitarios constantes, enérgicos y dispendiosos; por la espesura del bosque que a largos trechos semeja un túnel de vegetación impenetrable a la vista a pocos pasos, donde el arma de fuego larga y pesada estorba, a veces, y tiene de reemplazarla el arma blanca o la corta de fuego rápido como la carabina y la pistola de repetición.

Prescindimos de los pretextos alegados por los revolucionarios para perturbar el orden y levantarse en armas contra el gobierno constituido. Sólo nos contraemos por ahora a analizar, en conceptos generales e impersonales, el desarrollo de la luctuosa campaña, cuyos desastres se achacan con iguales dosis de impremeditación y mala fe a las propias víctimas de los errores en que han incurrido los críticos y los criticados, los de arriba y los de abajo, rojos y negros, pardos y azules.

Como el arte militar no es una serie de verdades abstractas sino de aplicación concreta y determinada, la Dirección Técnica del ejército concedora de las circunstancias especiales de la campaña a iniciarse

en Esmeraldas, *debió* organizar el ejército de operaciones con arreglo a las necesidades de esa región y establecer los servicios auxiliares de acuerdo con la índole de la guerra irregular.

Hemos dicho *debió* y no empleamos la palabra *pudo* porque la moral profesional nos prescribe abstenernos de convertirnos en el eco de la inculpación general contra determinadas personas, meros blancos del odio banderizo o del convencionalismo de actualidad.

Queremos trazar a grandes rasgos el cuadro de los desastres militares en la provincia de Esmeraldas, a fin de deducir las enseñanzas que, por ley de compensación, han de desprenderse de la escena bochornosa y sangrienta en que se juegan los destinos de la Patria.

Para el método de nuestro análisis, lo dividiremos en tres capítulos que comprenderán, el período preparatorio: la Dirección Técnica del ejército, la Intendencia General y la Sanidad. El segundo período de la campaña o sea el de ejecución, lo dividiremos, a su vez, en el comando inmediato, el plan estratégico y el empleo táctico de las tres armas y sus resultados.

Aunque en la guerra irregular no sean estrictamente aplicables las reglas del arte y los principios de la ciencia de las batallas, sería absurdo prescindir del estudio de aquella guerra, de su carácter y posibles consecuencias, con el objeto de adaptar el plan de campaña que permita la conducción de las tropas y su lanzamiento contra el enemigo.

Si la composición de las tropas y su comando pudo ser selecta, su movilización debió hacerse con serenidad, pausa y eficiencia. En vez de ello, el Gobierno, fustigado por la prensa que sin quererlo ha sido la aliada más eficaz del enemigo, precipitó la marcha de las unidades del ejército en aglomeraciones casi inhumanas, con equipo y uniforme impropio y defi-

ciente, con armamento ineficaz y aun inútil, dada la topografía regional, y el rigor de la estación lluviosa, sin útiles y materiales que les permitieran salvar los obstáculos interpuestos en cada paso por una naturaleza salvaje y bravía.

En cambio las fuerzas contendoras operan en su propia casa, conocen a palmos el terreno; saben orientarse en la inextricable selva; están avezados al clima, su segundo y poderoso aliado, en íntima comunión con las armas de ataque y defensa adecuadas a lo enmarañado del bosque donde la escopeta y el machete constituyen los instrumentos de provisión y de labranza, las herramientas de la pequeña industria, los útiles indispensables en las faenas de la vida diaria.

Para aquellas fuerzas irregulares no existen obstáculos en la red de fango y de agua cálida y morbosa formada por los ríos, riachuelos y esteros que ni aplacan la sed ni limpian las carnes del hombre civilizado.

Agrégase a esto el fallo por la base de los servicios de la Intendencia General del Ejército. La provisión, el abastecimiento y la contaduría se efectúan tarde, mal o nunca. No existen contratos de rancho, forraje, equipo y demás especies necesarias para la subsistencia de las fuerzas movilizadas. Los escasos almacenes de las zonas quedan barridos desde el primer momento. La contabilidad de las especies no puede implantarse por el número y heterogeneidad de las autoridades que intervienen y no fiscalizan; la liquidación de las raciones y haberes del personal se efectúa con atraso de días porque las Tesorerías exigen comprobantes previos a la inversión, lo mismo que el espionaje cuyas órdenes de pago se publican por la prensa junto con los nombres y apellidos de las personas que se han ofrecido para el riesgoso servicio.....

En este maremagnum de giros, inversiones, gastos y publicaciones a destajo, surgen hechos aislados de especulación y codicia que la malevolencia y la ner-

viosidad tornan en sistema o *modus operandi* de las autoridades interventoras y el descrédito cunde en las filas con el consiguiente desaliento e indisciplina.

De la Sanidad Militar y los servicios de higiene que le incumben, sólo se recuerda cuando los gritos de los heridos y los ayes de los agonizantes rompen los tímpanos del comando superior que se sofoca y se entristece ante la triste realidad de presenciar cómo se extinguen las vidas que pudieron salvarse mediante los oportunos auxilios de la ciencia.

Se explica así que en las tres etapas de la campaña de Esmeraldas, sus sendos comandos compuestos de lo más idóneo y valeroso del ejército de operaciones, hayan sufrido sin interrupción los reveces propios de ejércitos que no se organizaron científica y metódicamente durante la paz.

Los reclutamientos repentinos y los batallones improvisados para expediciones en zonas lejanas e inclementes con absoluta falta de servicios auxiliares y gente heterogénea sin confianza en sus jefes y oficiales, desposeídos de la disciplina del largo compañerismo, han conducido en cualquier parte del mundo en que se efectuaron a derrotas y vergüenzas irreparables.

Abstengámonos de achacar tan sólo al Gobierno y autoridades militares el fracaso de Esmeraldas. La responsabilidad es también de los civiles; afecta a quienes han pregonado que se puede garantizar la paz en el interior y la honra e integridad nacionales sin el dispendio de ejércitos permanentes y perfectamente organizados; esa responsabilidad alcanza a los que incitan los odios y fomentan la revuelta porque la sangre que empapa las abrasadas costas no es ecuatoriana, ni prójimos son los que caen en emboscadas arteras y salvajes sino extraña, la primera y liberales, los segundos, cuyo mutuo aniquilamiento resulta obra providencial y precisa apresurarlo con caridad verdaderamente católico-romana.

II

La Dirección Técnica del Ejército conservaba frescos aún los recuerdos de la campaña de 1911-12 y adoptó iguales procedimientos en la preparación y ejecución de la de 1913-14.

Para los brillantes éxitos de la primera bastó la concentración y el lanzamiento de tropas en improvisada composición con aprovechamiento de la línea férrea y de las vituallas y alojamiento de sus poblaciones. Las tropas que avanzaron desde la altiplanicie y prevalecieron en Huigra, Naranjito, Yaguachi y Guayaquil, tuvieron por cuartel general la plaza de Riobamba situada a cinco y ocho horas de los campos de batalla. Los rigores de la estación en el teatro de la guerra no se dejaron sentir con todo su peso por la rapidez de la movilización y el inmediato acuartelamiento en la zona indemne, después del completo triunfo obtenido en el curso de una semana; lo que no impidió que el ejército sufriese irreparables pérdidas ocasionadas por la fiebre amarilla.

Cambiaba de índole, de teatro y de medios la campaña de 1913-14, aunque el fin fuese el mismo de la anterior. No obstante, los procedimientos fueron idénticos y sus consecuencias tuvieron que resultar diametralmente diferentes.

La concentración de las tropas en la actual campaña se llevó a cabo con la improvisación y el aturdimiento inherentes a la carencia del servicio militar obligatorio, piedra fundamental de toda organización incipiente; y la movilización a bordo de naves incómodas fue un hacinaamiento que extremó el hambre y la fatiga, precursores de la derrota.

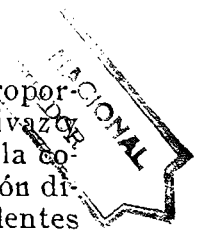
Si en las guerras regulares el número decide la acción confirmando la máxima napoleónica de que el secreto de la victoria consiste en ser el más fuerte en un punto y momento dados; en las guerras irregula-

res, la calidad se sobrepone al número que desproporcionado, resulta contraproducente, porque el vivaz y móvil adversario encuentra seguro blanco en la columna cuya lentitud de movimientos está en razón directa de las unidades que la forman, de los accidentes y clima de la región y del equipo, vestuario y armamento de las tropas.

En vez de pedir a nuestras poblaciones serraniegas hombres y más hombres para la campaña de Esmeraldas, había que seleccionar los soldados que por su robustez, edad y aclimatación al medio de vida de la costa, dieran seguridades de resistir las fatigas de la guerra de montaña y de vencer las enfermedades de la inhospitalaria región, procedimiento que hubo de adoptarse después ante la imposición de los hechos.

Para igualar la movilidad del enemigo bien pudo el comando subdividir el ejército de operaciones en unidades casi independientes, que den lugar a sus jefes a ejercitar las iniciativas con las respectivas responsabilidades; sujetas a un plan amplio y de generales lineamientos, modificable en vista de cada situación momentánea y con estudio de sus especiales circunstancias.

Lejos de esto, la Jefatura de Operaciones durante los últimos meses del año anterior, y primera etapa de la desgraciada campaña, disponía de un total de tropas de las tres armas que alcanzaban al rededor de mil hombres; y emprendía la persecución y buscaba el choque con una Brigada mixta de setecientos, brillando por su ineficacia el arma de artillería, verdadero elefante blanco, transportado por las selvas a costa de esfuerzos y preocupaciones que agotaron las fuerzas de las tropas y retardaron su marcha. Llegado el momento, las piezas no pudieron operar por falta de campo de tiro y sus disparos despertaron la hilaridad del enemigo que presenciaba la impotencia de las granadas contra un adversario invisible cubierto por la espesura del bosque milenario. En cambio



una ametralladora Maxim que bien pudo contribuir a quebrantar la línea de fuego y preparar el asalto, fue relegada a segundo término en el parque de Esmeraldas.

Las fuerzas de la columna que emprendió la marcha desde el 26 de Noviembre hasta el 10 de Diciembre, desde Esmeraldas a Majua, se componían de las siguientes unidades:

Batallón «Constitución».....	290	hombres
Piquete de Policía de Quito...	50	„
Batallón «Guayas».....	190	„
„ «Quito».....	100	„
Sección de Artillería.....	25	„
	<hr/>	
	655	hombres

o sean setecientos hombres con sus cuadros de jefes y oficiales, que en una sola columna de a uno hubiera demandado cerca de dos kilómetros de profundidad.

El número impuso la idea de la división en dos alas que les permitiera alguna movilidad. Que el río quedara de por medio, y que no se dispusiera de embarcaciones para el mutuo apoyo de los flancos, era cosa secundaria para el criterio del comando intrigado por el enorme contingente al cual tuvo que abastecer durante catorce días de marcha a través de montañas impenetrables, en un ambiente que chorreaba fuego, sobre las cintas del pudridero cenagoso de las orillas del río, respirando los vapores de muerte que surgen de las negruscas aguas, mostrando el flanco al adversario emparapetado que señalaba sus víctimas y elegía a mampuesto el blanco de sus certeros tiros.

El resultado de esas largas columnas de a uno, de ese desfiladero de la muerte, teniendo por un flanco al enemigo, por el otro un río infranqueable y por retaguardia al mismo enemigo que cierra el semicírculo, tenía que pronunciarse en el más completo desastre.

La muerte quizá significaba un descanso para aquellos cuerpos famélicos, hambreados, con las ropas pegadas a las carnes por el fango que las escuece; con el cansancio de setenta y dos horas de marcha casi continua y con un armamento pesado que no responde a lo tupido de la selva ni a la rapidez y violencia del machete enemigo.

La bayoneta, con que la infantería española arrojó de sus madrigueras a los moros del Riff, provistos de gumías y alfanges, mucho más terribles que el machete, ha sido olvidada por nuestros soldados y proscribita por la superioridad.

De allí que el *machete* haya campado por sus respetos en la campaña de Esmeraldas; pues en el continuo choque de la guerra irregular, el arma blanca cortante y manuable debió prevalecer y ha prevalecido sobre el arma de fuego pesada siempre y estorbosa, a las veces.

III

Es apotegma popular que las fatigas y privaciones las han de soportar nuestros soldados sin auxilio alguno que las atenúe o mitigue. El hambre, el sueño, el cansancio, las enfermedades que agotan y postran a todo sér viviente, no rezan para el individuo de tropa, el oficial y el jefe en campaña. En su movilización basta con que ellos lleven sus armas y estén pagados de sus haberes en dinero para que se resuelva el complicado problema del abastecimiento y conservación que asegura la victoria.

A nuestra ingénita imprevisión originada por la ausencia de toda práctica útil en los hábitos educacionales, no se le ocurre, no puede ocurrírsele que los planes y combinaciones del alto comando y sus estados mayores, se subordinan en cualquier país civilizado a la parte administrativa que trata de la alimentación y subsistencia de las tropas así como de su higiene y preservación.

Aumenta la necesidad del celo sin descanso por la salud de las tropas en las zonas de clima tropical donde los miasmas deletéreos producidos por la descomposición animal y vegetal en las aguas estancadas envenenan el ambiente y atacan contra la vida del soldado con más constancia y acierto que las mismas balas enemigas.

El transporte y permanencia de casi dos mil hombres a bordo de un solo buque mercante, de manera de constituir la muralla humana que impedía la movilidad y el abastecimiento al extremo de provocar el hambre inevitable en las filas, según la gráfica expresión del Coronel Jaramillo, sólo puede compararse por su magnitud a la imprevisión de conducir tropas destinadas a bloqueo y ocupación, sin material de desembarco, funciones todas privativas de la Intendencia General.

Demás está decir que la suciedad de ese hacina-
miento humano producida por las transpiraciones de
un ambiente caldeado; la escasa, irregular o ninguna
alimentación de las tropas; la dificultad de renova-
ción de los uniformes, produjeron tal abatimiento de
las fuerzas físicas y decaimiento de la moral del sol-
dado, que los batallones y baterías después de once
días transcurridos desde su embarque en Jama hasta
su desembarque en Limones, cuando tocaron tierra,
apenas pudieron sostenerse en pie semejando muche-
dumbre de enfermos que arrastraban sus cuerpos en
busca de lechos para descansar quizá eternamente....

Librar a la buena suerte lo que debe estar regi-
do por las sugerencias del cálculo y la previsión, por
más que nos resulta idiosincrático, es función que
pugna con los primordiales requisitos de cualquie-
ra organización militar en que las responsabilidades
guardan consonancia con los daños irreparables que
se ocasionan.

En la marcha de Bahía a Jama, en medio de llu-
vias torrenciales y a través de montañas espesas y
despobladas, el equipo y vestuario de esas tropas lo
formaban: el morral, una frazada, una ración de galle-
ta hecha amasijo en el fondo del morral y las consabi-
das botas que iban quedando a lo largo del camino
abandonadas por pesadas e inútiles. Ni una carpa, ni
un pedazo de tela impermeable, ni un mosquitero, ni
un par de polainas adecuadas que protegieran contra
los espinos ponzoñosos y arteros.

De platos del rancho hacían los billetes de Banco
con que las tropas se procuraban a la puja algunos
comestibles que condimentaban *las guarichas*, como
podían y a precio de hambruna. La suerte del oficial
y del jefe era la misma que la de la tropa con quien
competían en abnegación y privaciones. Encarecidos
los artículos de consumo, el billete se despreciaba
obedeciendo a la ley económica de la oferta y la de-
manda, sin que el Estado acudiera a normalizar la si-

tuación valiéndose de los servicios de la Intendencia del Ejército.

Las autoridades de Guayaquil que con actividad desusada en nuestras prácticas administrativas enviaban periódicas remesas de víveres y uniformes al ejército de operaciones, no se vieron secundadas en la distribución regular y metódica de las especies por aquella oficina sin personal suficiente y preparado para el importante servicio, que graduara las raciones de boca en ordinarias y extraordinarias, según la fatiga a que se había destinado a la tropa, el clima en que actuaba y los recursos naturales de la región.

La ración de galleta que debía ser de 500 gramos, nunca tuvo medida, variando su distribución conforme a la cantidad disponible en el momento. La falta asimismo de regularidad en la distribución de las especies que forman las raciones de etapa en campaña, obligaba al soldado a proveerse de su cuenta de conservas en mal estado que contribuyeron a aumentar sus enfermedades.

Las raciones del ejército español en la guerra de Cuba, la componían: carne, 500 gramos; arroz, 200; habichuelas, 200; bacalao 200; tocino, 100; garbanzos 300; patatas, 500 y sal 8 gramos, completando la ración individual: aguardiente, 50 mililitros; vino, 500 id.; café, 10 gramos; azúcar, 20; tabaco, 15. En los lugares desprovistos de aguas corrientes, la Intendencia repartía además 5 litros de agua con 700 gramos de combustible por cabeza.

La ración del ganado era de 7 kilogramos de cebada alternada con otros tantos de pasto seco.

Empero no pensemos siquiera en adoptar alguno de los métodos racionales para la subsistencia de las tropas; ya sea el de raciones obtenidas de los habitantes de las localidades, ya el de almacenes y depósitos, o ya el de requisición; ni menos hemos de pensar en hornos de campaña, tiendas ambulantes y demás impedimenta del abastecimiento del ejército.

Nuestros soldados tienen cuerpos gloriosos que no sufren hambre ni sed; ni sueño, ni cansancio. Deben marchar siempre y combatir en todo terreno, cubiertos de polvo, de lodo y mugre, quedar a la vera del camino rendidos, reventados, hechos trizas y blanquear con sus huesos las profundas encañadas, los desiertos páramos, las sombras medrosas del bosque secular.....

Tampoco han de necesitar ellos del servicio sanitario que comprende: 1º el organizado por las mismas unidades con su material y personal; 2º ambulancias que siguen el movimiento de las tropas y 3º los hospitales de campaña que forman el último escalón de los servicios en el ejército de operaciones. Los Médicos de los cuerpos, los camilleros y enfermeros se designan la víspera de la movilización y el material se pide en vista del número de heridos y agonizantes, porque hay que escatimar los gastos que se relacionan con la salud y la vida del soldado ecuatoriano cuya abnegación, constancia, disciplina y valor lo atestiguan el número de víctimas ocasionadas por las marchas impremeditadas y mal dirigidas, por la carencia de los servicios de subsistencia y de higiene y por las condiciones peculiares a la actual campaña de Esmeraldas, donde la astucia del enemigo ha vencido más que su táctica o le ha creado especial y digna de estudio.

IV

La segunda etapa de la campaña se puede decir que está comprendida dentro del período preparatorio puesto que la marcha de seis días de duración de Chone a Jama, el embarque y transporte de las fuerzas constitucionales desde esta caleta a la rada de Esmeraldas y el desembarque en Limones a veinte leguas del lugar ocupado por el enemigo, quedan incluidas como otras tantas funciones del avance estratégico, en el cual hay que considerar tres cosas primordiales, según la clasificación de los tratadistas: 1ª la exploración y el reconocimiento que dan la noticia; 2ª el avance propiamente dicho, realizado por las marchas; y 3ª el reposo o estación de las tropas.

Si el General en Jefe ha concebido su plan y el ejército ha de ejecutarlo, urgen las noticias del adversario; precisa determinar su fuerza y los elementos de que dispone porque sin tales noticias «la guerra es imposible y equivale a correr al abismo sin darse cuenta de ello».

El espionaje que equivale a los ojos de la jefatura de operaciones no pudo efectuarse sino de un modo vago y general en la primera etapa de la campaña que tomó por cuartel general la ciudad de Esmeraldas, y fue aun más deficiente durante la segunda etapa que tuvo su cuartel general a bordo del transporte «Constitución».

En tanto los diarios de Guayaquil y Quito abundaban en datos precisos acerca del número de las tropas destinadas a Esmeraldas; de su composición y procedencia, de la calidad y cantidad de las armas y de los nombres y apellidos de las planas mayores; del enemigo no se tenía más información que la de su residencia y fortificación en la ciudad abandonada por las tropas del Gobierno después del desastre del «Guayabo»; adversario ya respetable por la posesión

de cuatro piezas de artillería, setecientos rifles «Mau-
ser», y doscientos mil tiros de infantería, cuatrocientas
granadas y los recursos de una provincia con sus
impuestos fiscales y municipales.

Era natural que entrara en el plan del Jefe de
Operaciones el bombardeo y la ocupación del puerto
de Esmeraldas a sangre y fuego, previo el aviso para
los no combatientes; acto doloroso pero impuesto por
las circunstancias, perfectamente establecido en el
derecho de la guerra, y proclamado como principio
inconcuso desde Wattel hasta Calvo por todos los
tratadistas de la materia. Y sea esta la oportuni-
dad de permitirnos una digresión.

Al tratarse de la ocupación de Esmeraldas a vi-
va fuerza surgió en cierto público otra de las contra-
dicciones en que ha incurrido y que pasarán a la his-
toria como el exponente de su parcialidad o mala fe
contra el Gobierno. Se le inculpaba a éste de debili-
dad, de impotencia frente a unos cientos de negros
beocios comandados por aventureros sin conciencia;
se le exigía perentoriamente que tomara la capital de
la provincia capturada y restableciera el orden, y a
la vez, se le prohibía lo hiciera por medio de las ar-
mas, se le conminaba a que se abstuviese del menor
daño a las personas y las cosas y se le reducía a la
impotencia amenazándole con la indemnización de
los perjuicios que habían de sufrir los intereses ex-
tranjeros.....!

¿En qué principio de derecho o de moral se apo-
yaban las personas que creían o aparentaban creer
en la inmunidad de los bienes pertenecientes a extran-
jeros ubicados en la plaza, cuya ocupación constituía
necesidad impéiosa de la guerra?

Por dolorosa que resulte una medida de tal na-
turaleza, el Estado no puede ni debe coartar su liber-
tad de acción por concepto de los intereses extraños
que pudieran sentirse lesionados, como quiera que su
principal deber es restablecer el imperio de la Ley y

del orden, sin reparar en los daños posibles y momentáneos, porque éstos son males o accidentes de la fortuna, dice Wattel, y el Estado no es responsable de su cometido.

El insigne Calvo, en su Derecho Internacional teórico y práctico, capítulo IX, dice al respecto: «Igual jurisprudencia se ha seguido en casos numerosos de los cuales sólo citaremos el de la revolución francesa de 1789; el de la insurrección polaca y el de la formidable lucha sostenida por los Estados norteamericanos. En todos ellos los extranjeros han sufrido daños y perjuicios gravísimos y sin embargo, ninguna nación ha exigido la responsabilidad a los gobiernos respectivos».

Ni puede ser de otra manera, porque si tal idea de indemnización sin consistencia alguna científica ni moral convirtiérase en práctica de nuestra asendereada democracia, carecería el país de rentas y tesoro suficientes para resarcimientos de los perjuicios ocasionados por la frecuencia de los disturbios internos; fortaleciéndose a la vez la indiferencia pública por el orden constituido que se traduce en apoyo indirecto, pero eficaz a cualquiera sublevación, rebeldía o insurrección por inicua que sea.

Que todo el mundo sufra las consecuencias de la guerra civil, no sólo de las mediatas sino de las inmediatas y que el Gobierno no asuma ninguna responsabilidad por lo que es inevitable y necesario, y entonces no presenciáramos la inmoralidad de apoyar cada revuelta y procurar su indefinida prolongación sólo por el beneficio posible y personal, que pudiera acarrearlos aunque se desangre el país, se consuman sus vitales energías, se arruine su crédito interno y externo, se aniquilen su comercio, industria y agricultura y se ponga en inminente peligro la soberanía e independencia nacionales.

Los extranjeros que aprovechan de las fuerzas vivas del país, que explotan sus riquezas y gozan de

los beneficios de la paz, tienen que sufrir, en la misma intensidad que los nacionales, los azares y daños de la guerra civil.

Y ya es tiempo de que se elimine la costumbre denigrante de tolerar que los extranjeros coloquen encima de las puertas de sus propiedades inmuebles las placas o rótulos con inscripciones de extraña nacionalidad que, de hecho, establecen una soberanía dentro de otra y constituyen la lección objetiva más eficaz del desconcepto de la patria; porque si el nacional, el ciudadano ha de estar sujeto a la pérdida de su fortuna y aun de su vida y las del extranjero han de ser inviolables, no resta sino renegar del suelo en que nacimos y adoptar cualquiera extraña nacionalidad, como ha pasado entre nosotros en más de una ocasión.

Pongamos punto final a esas pretensiones y procedimientos incalificables que tienen su origen en la debilidad de las naciones e ignorancia de los pueblos, y habremos dado un paso firme en la senda de la organización nacional.

Pero, no. Sobre el decoro y conveniencias del país privan las pasiones de nuestras banderías políticas y los odios de nuestro suicida personalismo. ¡Hay que apoyar y prestigiar la reclamación francesa, colombiana o yankee etc., porque el Gobierno de la patria es radical o conservador y el Ministerio lo **forman** fulano y zutano! Y he aquí el origen de la equidad de las reclamaciones destituidas de toda justicia y conveniencia.

Cosa muy distinta y aun equitativa es que producido un daño por fuerza mayor, el Estado acuda en socorro de los damnificados conforme a los recursos de que disponga y a la cuantía de los perjuicios sin odiosas ni denigrantes distinciones entre nacionales y extranjeros.

Pedimos perdón a nuestros benévolos lectores por esta digresión juzgada necesaria y seguiremos con nuestro somero estudio.

V

El viaje del General en Jefe del Ejército y Presidente de la República al teatro de la guerra, determina la tercera etapa de la campaña que se inicia con el desembarque en Atacames y la Boca, y la recuperación de la ciudad de Esmeraldas, verdadera base de operaciones del ejército constitucional; base que debió fortificarse desde la primera etapa como término de la línea de comunicaciones propia, punto de apoyo en el sentido táctico, asiento de los almacenes y parques y lugar de los hospitales de campaña.

La fortificación pasajera y la inexpugnabilidad de la ciudad eran tanto más fáciles de establecer cuanto que el enemigo carecía en ese entonces de artillería, encuadrando en aquella fortificación las piezas que la Jefatura de Operaciones del primer período de la campaña se vió obligada a conducir por el río, sin tiempo suficiente para hacer colocar blindajes en las partes vitales de las lanchas conductoras; falta que por la misma precipitación se repitió en el resto de la campaña y que ocasionó la muerte de los timoneles de todos los vapores, lanchas que se acercaban a menos de un kilómetro de las orillas de los ríos y esteros. La simple colocación de planchas de hierro de 2 centímetros de espesor habría evitado esas sensibles pérdidas.

No habría faltado quienes critiquen y estimen depresivo de la moral del soldado esta fortificación pasajera; pero el desarrollo de los acontecimientos bien pronto habría justificado la medida de estricta aplicación en la guerra de montaña por ser la única manera de ponerse a cubierto de las sorpresas y asaltos favorecidos por la espesura de las selvas y de asegurar las *posiciones militares*.

Disponiendo de una plaza fortificada a retaguardia, provista de toda clase de elementos de defensa,

con campo de tiro despejado de propósito, atrincheramientos, abrigos, fosos, parapetos, traveses, espaldones etc., la idea de la capitulación no habría surgido tan de inmediato y, aun en caso de aparición, se le habría resistido con razonamientos muy difíciles de vencer.

Con haber dado un espesor de 0.75 m. a los parapetos en arena; de 1 m. en tierra común y de 1.50 en arcilla, las tropas estaban aseguradas contra las balas de fusil y aun los cascots del shrapnel y granadas; trabajo susceptible de ejecutarse por cualquier tropa de infantería, a falta de la sección de ingenieros que debió acompañar al ejército de operaciones, siempre que se la hubiese proporcionado las herramientas del caso y el lapso de tiempo indispensable.

La historia militar nos enseña que el orden y la disciplina son susceptibles de mantenerse inalterables en la tropa obligada a retirarse después de grandes pérdidas, si ella dispone de una plaza fortificada y con reservas a retaguardia.

Si el problema que se resuelve con un punto de apoyo o lugar fortificado siquiera pasajera, es el de su posesión segura e indefinida, acrece la urgencia de fortificación en tratándose de una ciudad que, como Esmeraldas, constituye el centro de aprovisionamientos y base de operaciones de la provincia del mismo nombre.

«Es la fortificación, dice el distinguido escritor militar, Coronel Rubió y Bellvé en su «Guerra Moderna», un gran medio de guerra en cuanto merma las fuerzas del contrario, conserva y aun acrecienta las propias; y por este motivo y en una y otra forma (pasajera y permanente) ha sido aplicada con éxito por los pueblos esencialmente militares».

Abierta la campaña en su tercera etapa, el General en Jefe para el empleo táctico de sus fuerzas, tuvo antes que desembarazarse del numeroso contingente de tropas reteniendo las aclimatadas a la región y

devolviendo a sus acantonamientos las de extraño clima, que estaban física y moralmente agotadas.

Si la presencia del señor General en Jefe y Presidente de la República, fue indispensable para el enardecimiento de las tropas, su concentración y la captura de Esmeraldas, su permanencia prolongada en el teatro de operaciones daba a éstas capital importancia, a la vez que engrasaba al enemigo siempre artero, invisible y misterioso, que tornó a su selva inextricable, temeroso de que se le cortara su línea de comunicaciones con Mataje, ribera meridional del río Mira y fuente de vituallas, ropa, hombres, dinero y noticias de las fuerzas rebeldes.

El plan de ejecución de la campaña tuvo como *objetivo* de ésta las posiciones enemigas de Tachina y sus alrededores, y antes de marchar hacia ellas por el camino más corto y de tomarlas de frente, cosa extremadamente difícil, si no imposible en la guerra de montaña y durante la estación lluviosa, quiso dicho General combatirlo de modo indirecto, ya interrumpiendo sus comunicaciones, ya estableciendo medidas de rigor contra todo lo que favorecía los planes de los facciosos. Simultáneamente se dedicó a reparar las fuerzas de sus tropas y levantar su espíritu, a sanear la población de Esmeraldas y proveer los parques e intendencia, después, según hemos dicho antes, de seleccionar las tropas y sus comandos respectivos.

Las fuerzas con que entraba en acción, eran las siguientes:

Batallón «Milagro» de reserva.....	180
„ «9 de Octubre» de reserva...	120
„ «Daule» de reserva.....	180
„ «Babahoyo» de reserva.....	200
„ «Manabí» de reserva.....	250
„ «Machala» de reserva.....	200

Pasan 1.130

	Vienen	1.130
Batallón «Vencedores» N° 1º de línea.		250
Columna «Alejandro Andrade» de re- serva.....		60
«Artillería Sucre» de línea.....		180
		<hr/>
		1.620

O sean algo más de mil seiscientos hombres con la marinería del «Cotopaxi», «Libertador Bolívar», «Constitución», «Montealto», etc. Los respectivos servicios sanitarios completaban el ejército de operaciones, cuya distribución estratégica se hizo entre La Tola, Río Verde, «La Propicia» y Gatazo, como puntos avanzados que debían fortificarse, y Esmeraldas como centro de acción. La experiencia adquirida en seis meses de marchar y combatir sin tregua, la nueva composición de las tropas, la reparación del armamento, el descanso de algunos días, etc., todo presagiaba una nueva faz de la campaña.

Vislumbremos ahora la organización, las armas, el terreno y el sistema de las fuerzas enemigas.

VI

Al contrario de lo que ha ocurrido con las fuerzas del Gobierno, el misterio, la reserva absoluta, el secreto impuesto o voluntario han sido los resortes de la movilización y concentración de las huestes irregulares y enemigas. Durante el período de esta campaña, que se inició el 24 de Setiembre de 1913, ni el Gobierno de modo oficial, ni sus autoridades y partidarios, particularmente, han podido determinar con más o menos exactitud el número de las montoneras de Esmeraldas.

Lo que sí se puede deducir de los hechos consumados es la división de esas fuerzas en unidades independientes que obedecen a comandos de gran iniciativa, con relativa sujeción al plan estratégico y dispositivo táctico del Jefe de Operaciones, cuyo cuartel general cambia con inaudita celeridad de Tachina a San Mateo, de la Victoria al Guayabo, de Esmeraldas a Río Verde y Limones, es decir, a una y otra ribera del río Esmeraldas y sus afluyentes, a uno y otro pueblo de la costa, según la disposición de las tropas constitucionales, su número y sus planes, de los que tiene cabal y oportuno conocimiento, debido al espionaje voluntario de los moradores de las apartadas selvas que toman la presencia de las tropas de Gobierno como una invasión o conquista a su Provincia y una amenaza a las propiedades y vidas de sus habitantes. Las tropas procedentes de las regiones serraniegas, especialmente, son estimadas como extranjeras por su ningún nexo con el suelo esmeraldeño, con sus hombres, sus productos, sus hábitos y costumbres.

Cosa semejante acontecía entre los pueblos, hablamos de los *pueblos* de las provincias de Los Ríos y Guayas y los del interior de la República antes de que el ferrocarril los ligara con vínculos comerciales.

e industriales y los fundiera en una sola familia por el mutuo conocimiento y el diario y más importante comercio de ideas y aspiraciones.

De aquí la necesidad de que ninguna porción del territorio de la patria se sustraiga a las palpitaciones de la vida nacional cuyo cerebro y corazón radican en la Capital, asiento del Gobierno y núcleo intelectual y directivo que ha de cuidar de los progresos de las provincias y de su bienestar en la medida de los propios, desechando por impertinentes y atrasados los celos provincialistas, los despectivos caseros, las rivalidades egoístas de fatales resultados donde quiera que hayan surgido por el descuido de esa parte sensata y directiva de la opinión.

El componente de las armas de las fuerzas revolucionarias, lo forman: 1º los escopeteros; 2º los rifle-ros y 3º los macheteros. Los primeros provistos de escopetas de pólvora ordinaria productora de densa humareda y distribuídos en retenes o patrullas ambulantes de diez o doce hombres, tienen por misión llamar la atención de las tropas regulares hacia sitios sin verdadera importancia, que no son *llaves de la posición*, conforme al decir militar, mientras los segundos, o sea los rifle-ros, situados en el flanco del desfiladero y en posiciones ocultas y escogidas de antemano, acribillan a balazos a las tropas adversarias impedidas de descubrir desde el primer momento la situación de sus enemigos a causa de la poca densidad de la pólvora blanca y engañados por el humo de las escopetas; a la vez que le cierran la retaguardia por senderos o picas abiertos con antelación, produciendo en las tropas la perplejidad, primero, y luego, al ver caer secciones enteras de sus compañeros, la confusión y el desorden; momento psicológico que aprovechan los macheteros para consumir a los heridos y completar el pánico con el arma de reflejos sinie-rostros, blandida por negros que se arrastran como cu-

lebras, saltan como tigres y siembran el terror y la muerte en contorno.

El fuego es intermitente, con intervalos de diez y quince minutos a fin de darse tiempo de efectuar sus movimientos envolventes a través del bosque y rebasar la posición ocupada por el ejército constitucional. En caso de retirada, los enemigos cuentan con aquellos senderos o picas para su concentración y la defensa de nuevos e inexpugnables desfiladeros.

Bastan los recuerdos de la región que hemos visitado y su corroboración por las cartas y planos correspondientes, para confirmar que la posición de Vicho y la Peña de Vinzade es exactamente igual a la del «Guayabo» y estero de Cúquiba, y ésta lo mismo que la de Camarones y su estero. Unas y otras son desfiladeros en el sentido más estricto y militar de la palabra. Posiciones dominantes del río la primera y segunda, y del mar la tercera, están constituidas por cerros inaccesibles y profundos barrancos, todo cubierto de primera vegetación que oculta los atrincheramientos del enemigo levantados en el frente y a lo largo de los desfiladeros, de manera de mantener en descubierto el flanco del adversario, contar sus unidades, oír sus quejas y fatigas, elegir las víctimas y cerrar la posición con la columna de macheteros que agazapada en la espesura del follaje ha dejado pasar el último soldado de la columna destinada al sacrificio.

Esos hombres de color conocen sus montañas como nuestros *chagras* sus páramos y serranías. Aquellos se orientan en las tupidas selvas y cortan por los senderos que evitan los caminos al igual que nuestros indios se dirigen por la luz del sol y aceleran su marcha por *chaquiñanes* que ningún ingeniero ha trazado pero que, matemáticamente, son la vía más recta entre dos puntos.

La alimentación de las fuerzas irregulares la satisfacen con creces los productos de la misma re-

gión en que ellos actúan; puesto que el plátano, el arroz, el *chontaruro*, el palmito lo tienen al alcance de la mano. El agua fresca depositada en la caña brava y sus cañuelos no guarda secretos para ellos; los anchurosos ríos les sirven de rápida movilización porque o bien los atraviesan en canoas que mantienen ocultas para los demás y siempre listas para su servicio o bien libran la distancia a nado llevando su indumentaria y su arma sobre la cabeza.

Mientras tanto, nuestras tropas toman su alimento una sola vez al día por no perder el tiempo de la marcha y llegar antes de que cierre la noche a algún caserío que les abrigue y les permita establecer el servicio de seguridad. La luz en la sombría selva asoma a las 8 a. m. y se extingue a las 4 p. m.

Por esta causa, por la deficiencia de víveres y medios de transporte, por el rigor de la estación y lo accidentado y cenagoso del terreno, las marchas, las marchas continuas agotaron las fuerzas vivas del soldado antes de su encuentro con el enemigo y le dispusieron a la rendición y a la derrota, cumpliéndose así la sentencia del General Burguete cuando dice: «Que nada destruye más pronto a las tropas y las inhabilita como una marcha impremeditada y mal dirigida».

A la astucia del adversario convertida en táctica especial, ha correspondido la valiente terquedad de nuestros Jefes trocada en desastres tan estériles como lamentables.

VII

Dijimos antes y corroboramos ahora que en la guerra irregular no es posible aplicar con rigurosa exactitud los principios del arte y ciencia militares. Aún en las regulares o sea en las de grandes masas perfectamente organizadas durante la paz, en las respaldadas por la *Nación en armas*, que decía el eminente Von der Goltz, los procedimientos tácticos y el plan estratégico cambian y se adoptan en vista de los del adversario.

Así el Generalísimo Kuropatkin después de la batalla del Yalú y observando que la artillería japonesa disparaba sin ser vista, mandó por orden general adoptar en los regimientos del arma rusa y para lo sucesivo, también el tiro indirecto erigido desde entonces en sistema de tiro de la artillería universal.

Cumplía a nuestros comandos que han dado pruebas de valor heroico en la actual campaña observar con más detención el sistema de combate de las montoneras de Esmeraldas, impuesto por la naturaleza del terreno, y adoptarlo semejante, con la ventaja de la superioridad de elementos bélicos de que disponen los Gobiernos.

A los flanqueos por *picas* abiertas de exprofeso, elevados a sistema invariable desde la acción de la Peña de Vinzade hasta la de «La Propicia» correspondía iguales procedimientos de parte de las tropas del Gobierno organizadas en comandos casi independientes para cumplir con la sentencia del ilustre General Francisco Javier Salazar, quien al tratarse de debelar la revuelta de 1884-86, que tuvo por teatro el mismo de la contienda actual, manifestó en condensada frase «*que las montoneras no se batían sino con montoneras*».

En vez de ello, paró el primer combate de Viche el joven Mayor Icaza, con todo su contingente de tro-

pas regulares, fuerte de 120 hombres, desprovistos de los recursos indispensables, navegó en balsas, aguas arriba del río Esmeraldas, durante doce días exponiéndose al *palomeo* de las orillas. Las endebles embarcaciones fueron destruídas por la fuerza de la corriente, salvándose la gente a nado, una o dos jornadas antes del lugar escogido por el enemigo; de manera que cuando él alcanzó el desfiladero de Vinzade y chocó con el oculto adversario, su tropa, ya física y moralmente agotada, después de resistir lo humanamente posible, se desbandó con pérdida de un treinta por ciento de su efectivo personal, ganando el resto el monte que iguala con su espesura protectora al montonero y al soldado!.....

Para el combate del Guayabo, la marcha duró desde el 26 de Noviembre hasta el 10 de Diciembre últimos, o sean 14 días, teniendo los proveedores de las dos columnas de 350 hombres cada una que acudir diariamente a la ciudad de Esmeraldas en demanda de víveres por haberlo prescrito así la primera autoridad civil; doble travesía que sin medios de rápida comunicación obligaba a ayunos intermitentes de la tropa que en pleno invierno, marchaba con el fango hasta la cintura y sin que hubiera podido conciliar el sueño una sola vez.

Producido el desastre en el ala izquierda o sea en la columna que marchó por la ribera derecha del río, el ala derecha del ejército fue impotente para auxiliarla, por la absoluta carencia de medios de transporte fluvial, medios que el enemigo había monopolizado; con los cuales cortó la línea de retirada en Chinca y obligó a la rendición absoluta y total a las fuerzas que no habían combatido.

El porcentaje de bajas en esta acción heroica que como decía «La Preusa», de Lima, hace recordar los tiempos legendarios de nuestra independencia, alcanzó la cifra desconcertante de un *setenta por ciento*.

Aleccionado por dolorosa experiencia, en los combates de Lagarto, y Ostiones, el ínclito Coronel Valdez evitó el desfiladero de la playa o trillado camino; mandó, abrir *picas* a través del monte, flanqueó a los retenes o patrullas de observación desalojándolas de sus fuertes posiciones y empujándolas hacia el grueso, sin pensar nunca que la larga columna de 500 hombres había más tarde de tomar por *único* sendero la playa de Camarones, haciendo caso omiso aún de la marea que inundó los esteros y su inmediaciones, después que la columna entró en el desfiladero, y que atascó a la gente que no encontraba siquiera tierra firme en que sostenerse y sobre la cual disparar sus armas. El número de bajas de las fuerzas constitucionales en este desgraciadísimo combate fue de 230 entre muertos y heridos, casi el 50%.

Sabemos ya por detalladas informaciones que a favor de aquellas mismas *picas* abiertas a tajo de machete, en «La Propicia» no sólo se efectuaron los flanqueos del lado izquierdo de los cerros dominantes y del derecho del río Tiaone, sino que aun la retaguardia de las posiciones de las tropas del Gobierno fue ocupada por el enemigo en Gatazo, cima dominante entre «La Propicia» y Esmeraldas, guarnecida antes por tropas constitucionales y desalojada sin explicación posible. Círculo de hierro que explica el contingente también de un 50% de bajas en dichas tropas.

Las conclusiones de esta relación en que hemos prescindido de personalismos en guarda de la seriedad e imparcialidad de nuestros juicios se concretan a las siguientes:

1ª Para la campaña de Esmeraldas que reúne en una las tres fases de la guerra irregular: la de *conquista* por tratarse de una región enemiga y desconocida; la de *montaña* por la naturaleza del terreno y la *civil* por el furor de las pasiones en lucha, las columnas del numeroso personal, de movimientos

lentos previstos y anunciados, de comandos limitadísimos en su esfera de acción y de recursos puestos a prueba de economías en los servicios auxiliares, tenían que resultar diametralmente opuestos a la concepción estratégica y al empleo táctico de la guerra especial;

2ª Las excitaciones y apresuramientos de la prensa al Gobierno para que debelara con prontitud las montoneras, publicando los recursos con que se contaba, el movimiento diario de las tropas, el desconcepto e incapacidad de sus jefes, las rivalidades de éstos, los desaciertos políticos de las autoridades, etc., determinaron a la superioridad a adoptar *la ofensiva tenaz e impremeditada* contra un enemigo invisible que hacía escudo de cada árbol de las selvas y desfiladeros de cada sinuosidad de la montaña; debiendo haber optado por *la defensiva activa* que obligara a descubrirse al adversario y sufrir grandes pérdidas aun en caso de victoria como le aconteciera en «La Propicia»;

3ª Los servicios de transporte y abastecimiento, de vestuario y equipo a cargo de la Intendencia General del Ejército han de estar perfectamente establecidos durante la paz, a efecto de que no se produzca el desorden al pasar al pie de guerra. El servicio de campaña estricto ha de constituir el alma de los ejercicios reglamentarios concretados ahora tan sólo a los movimientos y formaciones de parada; pues como decía el insigne comentador de la guerra de Cuba: «En la guerra de montaña en que el enemigo busca como escudo y aliado poderoso el terreno hay que vencer a los dos: al primero con la superioridad de las armas de fuego y de choque y al segundo con el dominio absoluto de él, porque el terreno se entrega siempre al que con más energía lo posee»;

4ª La carabina de peso liviano de completa eficacia en los campos de tiro que presenta la montaña y el machete de igual poder ofensivo que el del ene-

migo debieron ser las armas de las unidades ligeras e independientes compuestas de personal seleccionado entre las tropas de las provincias del litoral;

5ª La fortificación permanente de Esmeraldas, base de operaciones desde la iniciación de las montañas ha de completarse con la fortificación pasajera de los puertos avanzados, que como La Tola, Río Verde, La Victoria y La Propicia aseguran los aprovisionamientos propios e impiden los del enemigo a quien se le obliga a dividir sus fuerzas y a descubrirse en el ataque;

6ª El bloqueo efectivo de la costa desde Río Verde a la frontera ha de practicarse con rigor por medio de lanchas y vaporcitos blindados que se aproximen y se escurran por las sinuosidades del litoral, escudriñen los esteros y pequeñas caletas e impidan las comunicaciones del enemigo con el exterior.

Tales son a grandes rasgos las enseñanzas que, por ley de compensaciones, han de extraerse de los infaustos sucesos de la actual campaña de Esmeraldas, cuyas responsabilidades atañen por partes iguales a la sociedad y a su Gobierno, al encono partidista de los adversarios y a la utopía de los propios; a la mala fe de unos y a la ineptia de los otros.

No terminaremos sin pedir la serenidad y justicia que debe asistir a los pueblos viriles y probos en los momentos supremos de su historia. Abundar en inculpaciones de orden personal sin conmiseración alguna para los que se retuercen con los estertores de la agonía, después de haber caído como buenos y heroicos en combates de encarnizamiento primitivo, ni es justo ni es siquiera humano.

Cualquiera que sea nuestra filiación política, guardemos silencio frente a los lechos del dolor ya que no podemos restañar las heridas; descubrámonos ante las tumbas que aun conservan humedecida la

tierra con las lágrimas de séres angelicales, pobres víctimas del infortunio, y maldigamos desde el fondo de nuestros corazones la guerra civil que amenaza ya la soberanía e independencia de la patria.

Nicolás F. López.

(MARIO).

